



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12947

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 5 DE ENERO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Oficinas en Cartagena: VILDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

¿Se acaba la guerra?

La rendición de Puerto Arturo pone sobre el tapete un tema sobre el cual ya disputan los partidarios de Rusia y del Japon. Unos y otros aducen argumentos muy dignos de tenerse en cuenta pero nada mas. Al fin y al cabo quienes deben decidir en definitiva son las naciones interesadas en la lucha y á cualquiera de ellas debe serle difícil señalar el instante adecuado para terminar la contienda: á Rusia por el trabajo que le cuesta declarar vencida y someterse á las duras condiciones que el vencedor le imponga y al Japon por si se achaca á miedo de resultar á la larga vencido.

La situación en que se encuentra Rusia pone en boca de uno de sus diplomaticos una frase que es de una logica tremenda, y no es la primera vez que se ha lanzado al público.—Rusia no puede declararse vencida por los japoneses y seguir la guerra hasta obtener un triunfo que sea definitivo.

Esas palabras del embajador moscovita en Londres no son nuevas. Las han dicho en distintos momentos el virrey de la Manchuria, el general en jefe del ejército ruso, el ministro de Relaciones Extranjeras y el mismo emperador. Y como al emitirías cualquiera de los cuatro tenían conocimiento de la situación de Puerto Arturo y tendrían descontada su caída en poder de las tropas del

Japón, parece que nada ha de influir este suceso en proposito tantas veces manifestado.

Pero ha dicho mas el embajador de Rusia en Londres; ha dicho que al marchar Kuropakine á la Mandchuria para ponerse al frente de las tropas, pidió un plazo de veinticuatro meses para hacer variar la suerte de las armas, plazo que aun no ha cumplido, pues la guerra no lleva de duracion un año.

Puerto Arturo ha caído, es cierto. Había de caer cumpliéndose el refrán referente á las plazas sitiadas; pero en el norte mandchuriano hay un ejército potente,—tal vez el mas grande que registra la historia—dispuesto no ya solo á evitar el avance de los invasores sino á hacerlos retroceder en su camino.

Y ese ejército crece de día en día. El transibertiano le lleva á cada momento nuevos contingentes y al cesar las crudezas del invierno que lo obligan á una inactividad desesperante, dará fé de su vida. Solo espera que el tiempo abonance para emprender enérgica campaña.

Sin embargo, pudiera ocurrir que fuese necesario variar de actitud. Los mas fuertes edificios los echa abajo cualquier terremoto que tenga intensidad bastante para hacerlos caer.

Y á la fuerza de un terremoto se encuentra sometida la nacion moscovita. Al golpe dado por los japoneses rindiendo á Puerto Arturo, responde dentro del país el

contragolpe revolucionario imprimiendo á todo grandes oscilaciones que pueden acabar en tremendas caídas.

Esto hace pensar á los amigos del Japon si los ejércitos de Mukden haran mas falta en el imperio que fuera del mismo y viene á aumentar esta sospecha la noticia de que el Kaiser se propone ofrecer su mediación para acabar la guerra.

Para los directores de la nacion rusa hay al presente dos peligros grandes. Reside el uno fuera. Brota el otro dentro.

¿A cual atender suponiendo que no pueda atenderse á los dos al mismo tiempo?

¿Al de dentro por considerarlo mas grave?

Si es así, se comprende la mediación y puede decirse que se acaba la guerra.

EN EL PUERTO DE VALENCIA

“STATO QUO” DE LA HUELGA

(Del «Diario Universal».)

Tornaba yo ayer tarde al puerto después de dar una vuelta por la dársena en una falda y examinar de cerca las obras, habiéndome alargado hasta la boya blanca que señala el término de lo que ha de ser dique del Norte.

El sol había rebasado ya la línea del meridiano.

En primer término, sobre los casilleros graníticos, sobre las grandes y viejas barcas, obreros «esquirola» proseguían afanosos, jadeantes, ahorrando el rostro sudor, supliendo la falta de práctica con el estuero de la voluntad, la pesada faena de carga y descarga.

Las maromas de las poleas, girando sin cesar, iban poco á poco vaciando de cajas fruteras, de sacos de arroz y de maderas los muelles, é invadiendo con todo ello las cubiertas de los armatostes flotantes que habían de transportarlas á los vapores.

Y, en grupos, en pequeños destacamentos, arma al brazo, dormitaban los ojos, pálido el semblante por una guardia per-

manente, la Benemérita matizaba con vivos colores aquel circuito y acompañaba con su presencia la libertad del trabajo, allí mismo donde se invocaba y ejercita la libertad de reunión y asociación.

En segundo término, como ribateando y ciñendo el cuadro que, al desembarcar, se exhibaba ante nuestros ojos, una falange apretada de huelguistas doblaba, bordeando la acera de casas de la barriada que mira al mar.

Salían del corralón del «Cachorro»; gestionaban y hablaban en voz alta; conversaban el mitin que acababa allí de celebrarse, discutían la situación planteada, las ideas expuestas por los compañeros federados, las contingencias de persistir en a huelga.

Era un cambio de impresiones entre ellos.

El razonamiento y la sinceridad del individual sentir se desbordaban por su boca ingenua.

Separadamente, aun en pequeños grupos discurren y se expresan de muy diverso modo á cuando constituyen la gran masa de irreflexiva solidaridad.

—Hay que no cejar en nuestra actitud—decían unos.—La lucha por nuestro derecho está empeñada, y hay que seguirla hasta el fin contra viento y marea. Somos los más; hay entre nosotros perfecta armonía; nada de transacciones ni intentos de arreglo; nadie abandone su puesto, porque el momento es crítico, y en la unión y en la perseverancia encontraremos el triunfo. Perseguémoslos seriamente á esos ilusos esquirolas que quieren sacar á nuestro lado y abandonar el trabajo en que se les explota, y antes de tres días nos habremos salido con la nuestra. Es cuestión de negra honrilla; el paso de avances que demos le tendremos ganade para nuestras aspiraciones de mañana. Formemos una pifa y sacrificémonos. Cochazo é intención y no tomamos á la guardia civil.

Otros hablaban con mayor viveza. Como los oradores del mitin, condenaban ellos las tiranías, pero todas. Las de arriba y las de abajo.

Las palabras azetaban sus oídos; pero aquellas mismas exclamaciones parecían levantar en su memoria verdugos de equidad y justicia.

—¿Quién ha provocado ahora la huelga?—preguntaban. No hemos escogido la huelga más preñada ni la causa más justa. No tenemos á la espalda á nuestros compañeros de los demás puertos. Sólo los de Car-

tgena habían echado también el pecho fuera, y ya se han cansado ó se han convencido. Quien por grandes ganancias pudo ahorrar, puede resistir. Pero nosotros, los que no hemos sido privilegiados ni favoritos de capataces; los que á la semana solo trabajamos dos días por casualidad é misericordia, mientras otros eran de la amarilla permanente; los que con nuestra explotación inmediata hemos contribuido á que éste ó el otro capataz ó sobrellevante saquen al día una ganancia de diez ó doce duros; los que aguantamos la férula de los nuestros que mandan sólo porque son nuestros, ¿cómo prolongaremos este estado precario? Nuestro pensamiento envenenado, nuestro hogar enfriado por el ayuno, nuestras familias amagadas por el hambre; ¿quieran nuestros brazos para reconstruir el trabajo; pero ¿y los acuerdos de la Federación? ¿Y el sello de «trudera á la causa obrera»? ¿Y la amenaza del mañana?

Y el ejército ingenuo de la huelga, sobre el que pesa el veludado de los despiertos que, durante el trabajo, labora «menos, gana más y vive mejor, y durante el paro dirigen, aconsejan y resuelven, queda, al cabo de tantos días, excedido en línea de batalla frente á los patronos y «esquirola», frente á exportadores, consignatarios y navieros, como tropas regulares que, sin dar asalto á una plaza, después de ponerle cerco, tratan de rendirla por hambre.

No ceder en la resistencia pasiva, no pedir nada, no pensar en hablar con el capital y el comercio, cesar en la victoria del todo: he aquí el código de esta huelga.

¿Porqué no han llegado ya á un arreglo? Los huelguistas del Grao y demás poblados marítimos comarcanos apartan la vista del ejemplo que les ofrecen sus hermanos de Cartagena.

Á la saga de ellos fueron los valencianos en los acuerdos de suspender el trabajo y poner en entredicho con el «boicotaje» á todos los barcos de cabotaje; no siguen igualmente á los cartageneros en el camino de las transacciones que dió el buen sentido.

Están solos; no tienen la adhesión ni el apoyo de los federados de fuera; cruzados los brazos, han visto transcurrir más de una semana, ocho, nueve días de pare forosa, de abstinencia obligada, de discursos vibrantes, con que no se llenan los puestos á la fangala, de decisión y

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 301

de la banda se reclutan entre gentes perdidas, incapaces de atenerse á las reglas del deber. Abi tenéis por ejemplo, al Normandote, borracho perdido, tirado bajo la mesa, en lugar de estar alerta y ojo avizor. En cualquier otra época, semejante infracción de la consigna hubiera sido castigada con cien pa'as. ¿Pero á qué me canso en gemir y sermonear, si las cosas no han de mejorar por eso? Pues qué, ¿no es también una vergüenza que tantos de los nuestros, así hombres como mujeres, vivan en el desorden, cuando estoy aquí yo para casarlos ó descasarlos á su antojo, según nuestros ritos privativos? Es la primera ocasión yo demostraré al Mog los peligros de estas costumbres, contrarias á la moral y á la disciplina.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 300

llero,—dijo con dignidad;—pero contéstame, ¿quién estrajo la bala que Chaqueta Verde recibió en el hombro durante el ataque á los boyeros en el camino de Chartres? ¿Quién ha elestrizado en menos de ocho días el sablazo que el Tuerto de Mans recibió en el pecho batiéndose con un gendarme de Joinville? ¿Quién os sangra, quien os purga, quien os opera, cuando estais enfermos, heridos y cuando os aporreas nos á otros? ¿Gente estúpida! A no ser por mí os veriais reducidos á morir como perros, en un foso, cuando recibis un golpe.

Y ¿cuál es mi recompensa por tanto celo y tanta ciencia? Tengo que vivir en una especie de subterráneo; de donde salgo únicamente para seguir en vuestras azarosas expediciones; y yo hombre de estudio, yo, bienhechor de la humanidad que sufro, me veo espasado á compartir el destino que os espera á todos tarde ó temprano. ¿Es para renegar de la filantropía!

—Tienes razón, cirujano Bautista,—exclamó el curulla con su énfasis de costumbre.—Desde la muerte de los antiguos jefes Gallinero y Fier de Espino, nuestros hombres nada respetan no hay obediencia no hay disciplina. Y no es porque el Mog sea un mozo de guapa y de puño de hierro, sino porque los hombres



XXI I

Pero si las salameas exhortaciones del uno ni las pedantescas observaciones del otro hubieran decidido á los combatientes á abandonar la lucha, ¿se hallarían ya ambos faltos de fuerza y de aliento.

El primero que pasó de defenderse fué Daniel, dejándose derribar de espaldas por el hombre de cabellos grises que, sin cesar de recomendar la concordia